

# LA HIJA DEL REY DEL LIMO



P  
82-93  
A3H  
ef2

PARIS

A EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

LA  
HIJA del REY del LIMO



La familia y los siervos estaban al rededor del anciano que yacia allí paralizado, yerto, inerte como una momia (Pagina 25.)

22.590

BIBLIOTECA SELECTA PARA LOS NIÑOS

Rep. año 1931

LA

# HIJA del REY del LIMO

UNA DESAZON — EL ABETO

POR

ANDERSEN

TRADUCCIÓN CASTELLANA DE GARCÍA-RAMÓN

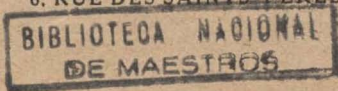
*Ilustraciones de YAN'DARGENT*

NUEVA EDICION



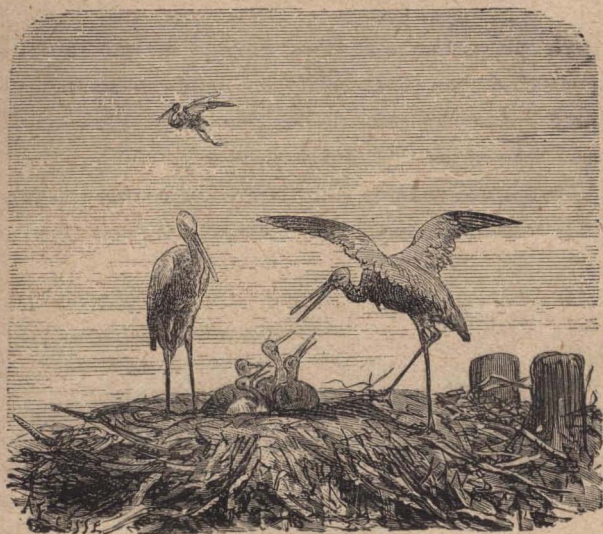
CASA EDITORIAL GARNIER HERMANOS

6. RUE DES SAINTS-PÈRES, 6



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

*Inv. 22590*



## LA HIJA DEL REY DEL LIMO

---

### I

Las cigüeñas acostumbran á contar á sus hijuelos muchas historias apropiadas á su edad é inteligencia y que tienen por teatro los juncos de los pantanos. En un principio se contentan con un cuento sencillo,

pero apénas tienen algunas semanas más no se dan por satisfechas si el relato no tiene un sentido, y prefieren las historias de los tiempos pasados en las que figuran las cigüeñas de la familia.

De los dos cuentos más largos y curiosos que se han conservado entre las cigüeñas, uno es muy co-



nocido : es el de Moises, expuesto por su madre en el Nilo ; el segundo cuento no es conocido aun, y hace empero mil años que pasa de pico en pico ; no hay cigüeña que no lo cuente á las mil maravillas ; pero, si no nos engaña la vanidad, vamos á contarlo mejor que todas ellas reunidas.

La pareja de cigüeñas que toma parte en el cuento, habitaba durante el verano en el tejado de la casa

rural de un feroz *viking*, como llamaban á los piratas del Norte que hacian temblar á los nietos del emperador Carlomagno. Esta casa se hallaba cerca del matorral que cubria, no léjos de Skagen, los terrenos hornagueros de la punta septentrional del Jutland; el suelo es pantanoso y vacila bajo las plantas; sólo algunos árboles raquíticos, juncos y arándanos brotan en él; una espesa niebla reina generalmente sobre estos lugares, hace sesenta años infestados de lobos, y que con razon se llaman los pantanos terribles. Puede calcularse cuánta agua y cuánto lodo habria en este sitio hace mil años

El aspecto general era el mismo que hoy; los cañaverales poseian largas y puntiagudas hojas; las moscas y las libélulas tenian su túnica de gasa tallada de igual manera; las cigüeñas vestian de blanco y negro, con médias encarnadas, como ahora; sólo el hombre llevaba un traje de diferente corte al de hoy; pero como hoy, fuese principe ó siervo, guerrero ó cazador, la suerte que le esperaba si se aventuraba por el movedizo suelo de los pantanos era fatal, y se hundia, desaparecia, iba á visitar al Rey del limo que, segun decian, gobernaba en el gran imperio subterráneo de los pantanos. Como se sabe muy poca cosa del gobierno de este potentado, no hablemos mal de él, pues es posible que su gobierno sea muy paternal.



En la linde de los pantanos, cerca del ancho brazo de mar del Kattégat, se alzaba la mansion del pirata normando, preparada de manera que no pudiese invadirla el agua. Tenia tres pisos, encima de los cuales se elevaba un torreoncillo. En la punta de esta torre es donde una pareja de cigüeñas tenía su nido y la madre empollaba sus huevos.

Un dia, el papá se recogió muy tarde ; parecia conmovido y agitado ; erizadas estaban sus plumas.

«Tengo que referirte una cosa espantosa, dijo á su compañera.

— Dios no lo quiera, respondió la cigüeña ; considera qué estoy empollando y que si tu historia me da un escalafrió, se pueden perder mis huevos.

— Es preciso que lo sepas ; ha llegado la hija del rey de Egipto que nos da hospitalidad en invierno ; se ha atrevido á emprender este largo viaje... y ¡ está perdida !

— ¡ Cómo perdida ! Ella, ¡ qué es de la familia de las hadas !... Vamos, cuenta pronto, ya sabes que nada es peor para mí que la espera cuando estoy empollando.

— Amiga mia, la dulce criatura ha creido lo que decia el médico, como tú me lo contaste despues de haberlo oido ; ha creido que ciertas flores que nacen aquí, en los pantanos, curarian á su padre enfermo ; ha venido volando bajo el plumaje de

un cisne, en union de otras princesas que, con



igual disfraz, vienen todos los años aquí al Norte

para rejuvenecerse. Ha llegado y ha desaparecido ya.

— Eres muy prolijo en tu relato y me pone nerviosa que me dejes en suspenso ; me vuelvo de un lado á otro y van á enfriarse mis huevos. Vamos, acaba.

— Hé aquí lo que he observado. Paseando por entre los juncos en el lugar en que el terreno pantanoso no se hunde aun bajo el peso de mi cuerpo, vi tres cisnes que hendian el aire. Algo, en su modo de volar, me dijo : Mira bien, no son cisnes verdaderos, no tienen más que la pluma. Ya sabes que á mí, y á ti es difícil meternos gato por liebre.

— Sin duda, pero acaba con el detalle del plumaje y llega cuanto ántes á la princesa.

— Recuerdas, prosiguió el papá sin inquietarse por la impaciencia de su mitad, recuerdas que en el centro del pantano hay una especie de lago ; levantándote un poco en tu nido puedes ver una punta desde aquí. Á orillas del lago, junto á los cañaverales, habia un grueso tronco de aliso. En él se posaron los tres cisnes, batiendo las alas y mirando en torno suyo ; luego, no viendo á nadie, uno de ellos arrojó su plumaje y reconocí al momento á nuestra princesa de Egipto. Estaba sentada sin más traje que su luenga cabellera negra que la cubria como un manto. La vi que recomendaba á las otras dos su plumaje de cisne, diciéndoles que lo guardasen

miéntras ella zambullia para coger la flor que ver creia en las aguas del pantano. Las otras dos prince-sas, (pues eran tambien princesas), cogieron el plu-maje de cisne.

« ¿ Qué van á hacer ? » me preguntaba yo ; la princesa se lo preguntaba tambien sin duda alguna, pero la contestacion no tardó. Los dos cisnes se ele-varon por los aires gritando: « Zambulle, zambulle cuanto te plazca, quédate en el pantano, nunca vol-verás á ver el Egipto ¿ De qué te servirá ahora haber sido siempre la favorita de nuestro padre ? » Y así di-ciendo se pusieron á destrozar el traje de plumas en mil pedazos que el viento esparció como copos de nieve. Y luego, las dos pérfidas princesas huyeron como la brisa.

— ; Es espantoso ! interrumpió la mamá cigüeña ; no quiero oir semejantes cosas. Dime pronto lo que pasó despues.

— La pobre abandonada gimió y lloró mucho. Las lágrimas cayeron sobre el tronco de aliso que, de pronto, se puso en movimiento ; pues no era un tronco verdadero sino el Rey del limo que reina en el fondo de los pantanos. Con mis ojos le vi volverse y extender sus brazos que parecen ramas cubiertas de musgo y lodo. La desgraciada jóven, asustada, saltó del tronco y se puso á correr ; pero, ni á mí me sostiene el terreno en ese sitio ; se hundió y el Rey

hizo otro tanto. Se elevaron borbollones negros en el sitio en que se habian hundido y no quedaron huellas ni de él, ni de ella. Está encerrada en el pantano, no llevará á Egipto la milagrosa flor. Se te habria



deshecho el corazón si hubieses presenciado aquel doloroso espectáculo.

— Y ¿ por qué contarme esas cosas cuando tengo que cuidar de mis huevos? La princesa es una hada y sabrá salir del paso. Alguien la socorrerá, mientras que si nos hubiera pasado eso á ti ó á mí, no importa á qué cigüeña, estaria muerta para siempre.

— Todos los días iré á ver si sucede algo más, » dijo el papá cigüeña, y es lo que hizo en efecto

Durante mucho tiempo no vió nada ; al fin, notó que del fondo del pantano brotaba una rama verde. Al llegar al nivel del agua salió una hoja que se desarrolló á ojos vistas y asomó el capullo de una flor. Una mañana que el papá cigüeña pasaba por allí, vió abrirse el capullo bajo la acción de los rayos del sol, y en el centro de la corola apareció una niña encantadora. Se parecía tanto á la princesa de Egipto que el papá cigüeña creyó que era ella misma que habia empequeñecido. Pero, reflexionando, pensó que debia ser la hija de la princesa y del Rey del limo y que por esto reposaba en la corola del iris.

« No puede permanecer ahí, se dijo. ¿ Qué hacer? En mi nido hay ya mucha gente... ¡ Ah! una idea ; la mujer del *viking* no tiene hijos y los desea con ansia. ¿ No dice el modismo popular : « Es un niño que ha traído la cigüeña ? » Pues así será hoy. Voy á llevársela á la mujer del pirata. Será un gran placer para ella. »

Y la cigüeña lo hizo como lo dijo : cogió á la niña del cáliz de la flor y voló hácia la casa del *viking*. La ventana estaba cerrada con películas finas para dejar pasar la luz. Las agujereó con su pico, entró en la sala y dejó á la niña sobre el seno de la mujer del pirata que estaba dormida. Luego, subió á su nido

y contó lo que habia hecho. Sus hijas, que eran ya mayorcitas, pudieron escuchar á papá cigüeña.

« No ha muerto la princesa, dijo ; ha mandado á su hija á la luz del sol, y la pequeñita tiene ya un abrigo.

— Eso dije yo desde un principio, exclamó la mamá. Pero es tiempo de que te ocupes de tu familia y dejes á los extraños ; se acerca la época de la emigracion ; los cuclillos y los ruisseñores han partido ya ; las codornices están dispuestas á marcharse tan luego sople un viento favorable. Nuestras hijas, ó mucho me engaño, ó se portarán bien durante el viaje. »



## II

Henchida de júbilo quedó la mujer del pirata cuando, al despertarse, vió sobre su seno á la encan-



tadora niña. La besó, la acarició; pero la pequeña se puso á gritar de un modo espantoso, dando puñetazos y patadas; parecía estar de muy mal hu-



mor. En fin, despues de mucho llorar se durmió, y cuando dormia era la cosa más mona que darse pueda.

La *viking* estaba loca con ella; no ansiaba más que una cosa y era hacérsela admirar á su marido que habia partido con sus hombres á hacer una correría. Le esperaba dentro de poco y se puso á preparar la casa para cuando llegase el amo. Colgaron los tapices que ella y sus siervas habian bordado; limpiaron los esclavos los escudos de bronce que debian adornar el salon; se llenaron las chimeneas de leña seca; y como la mujer del pirata habia trabajado mucho, se durmió temprano.

Temprano se despertó tambien y grande fué su angustia al ver que la niña habia desaparecido. Bajó del lecho, encendió una cazoleta de espiritu y buscó por todas partes. En fin, á los piés de la cama vió una enorme rana, y estuvo á pique de desmayarse. Cogió una barra de hierro para matar al animal; pero este la miró con unos ojos tan tristes que la mujer se detuvo sin atreverse.

Siguió buscando y la rana dió un grito suave y plañidero. La mujer, temblando, fué á abrir la ventana, y el sol levante alumbró el cuarto y doró el lomo verde de la rana. Al instante se contrajo la boca del animal y asomaron unos pequeños y rosados labios, se alargaron los miembros, tomó el cuerpo

una forma elegante y graciosa, y apareció la seductora niña de la vispera. « ¿Qué prodigio es este? exclamó la mujer del pirata estupefacta. ¿Es un sueño abominable? Sea lo que fuere, hallo á mi adorada niña. » La besó, la estrechó contra su corazon; pero la criatura arañaba y mordía como un gato montés.

No volvió el pirata aquel dia, ni al dia siguiente;



estaba en camino, pero con viento contrario de sud, que era, en cambio, el favorable á las cigüeñas.

Al cabo de algunos dias, la *viking* supo á qué atenerse respecto de la niña; pesaba sobre ella un terrible sortilegio. De dia era encantadora, pero tenía un carácter malo y huraño; de noche se convertía en una rana y era entónces dulce y humilde, sus ojos rebosaban pesar. Había en ella dos naturalezas

físicas y morales que alternaban según el curso de sol. De día, la niña poseía la belleza de su madre y sin duda, el carácter de su padre. De noche recordaba su cuerpo al fangoso monarca, y su alma á la princesa de Egipto. « ¿Quién podrá romper este encanto fatal? » se decía la *viking*. Inmensa era su angustia, pues quería á la infortunada criatura ¿Diría á su marido lo que acaecía á la niña? No, á buen seguro, pues sería lo más probable que, siguiendo la costumbre de la época, la dejase en un camino, á la ventura; y como la bondadosa *viking* no quería que así fuese, resolvió no enseñar la niña á su marido más que de día.

Una mañana resonó gran ruido de alas en el torreoncillo. Más de cien pares de cigüeñas se habían reunido en él.

« ¿Están prontos á partir los machos? exclamó el jefe. ¿Y las hembras también? Pues adelante.

— ¡Qué ligeras estamos! decían las jóvenes cigüeñas en coro. Sentimos un hormigueo que nos baja hasta las patas, como si tuviésemos el buche lleno de ranas vivas. ¡Qué hermoso es viajar al extranjero!

— Permaneced en línea, entre nosotros, gritaban los padres.

— No le déis mucho al pico, decían las madres; cansa el pecho.

Y la bandada desapareció hacia el sud.

En el mismo instante resonó en el matorral la bocina de combate. El pirata acababa de desembarcar con sus hombres. Todos traían un rico botín cogido en la costa de Cornuailles, donde el pueblo cantaba, como en Bretaña : « ¡ Libertadnos, señor Dios, — de los feroces normandos ! »

La animación y las fiestas entraron en casa del *viking*. Se encendieron las chimeneas, se escanciò el vino, el sacrificador inmoló crecido número de caballos, con cuya sangre roció el sacerdote á los esclavos ; el humo subía y ennegrecía las vigas, pero estaban acostumbrados, pues aun no se conocían las chimeneas de campana.

Había muchos convidados que se tiraban los huesos de las viandas á la cabeza en señal de franca amistad. Un bardo, guerrero también, tocaba el arpa, y entonaba un canto en honor de los paladines ; cada estrofa terminaba con este estribillo : « Fortuna, oro y amigos desaparecen ; tú mismo morirás, mas nunca muere un nombre glorioso. »

Los convidados golpeaban entonces en sus escudos y sobre la mesa con sus cuchillos ; era un ruido ensordecedor.

La mujer del pirata estaba sentada en su banco de honor, vestida de seda, con brazaletes de oro ; estaba resplandeciente. El bardo habló también de

ella y del tesoro que habia dado á su valiente esposo. Este estaba muy contento con la niña; la habia visto sólo de dia, con su maravillosa hermosura, y sus modales bruscos le agradaban. «Será una guerrera robusta, decia, que sabrá manejar la espada y combatir contra un hombre.»

La cena duró hasta muy tarde; luego, los amos y los huéspedes se acostaron.

En el curso del año, el pirata volvió á darse á la vela aunque soplaban ya las tempestades del otoño. La *viking* quedó sola con la niña. Ahora casi amaba más á la pobre rana con sus dulces ojos y profundos suspiros, que á la hermosa niña que arañaba y mordía.

Habian descendido las nieblas; la nieve caia á copos abundantes, adelantaba el invierno, y los gorriones se habian instalado en los nidos del torreoncillo, hablando muy mal de los amos ausentes. Pero, ¿qué habia sido de la pareja de cigüeñas que conocemos y de sus hijuelas?



### III

Estaban en Egipto, el país luminoso donde, en lo más crudo del invierno, tiene el sol rayos tan ardientes como en este país durante lo más cálido del verano. Mirtos, tamarindos y laureles estaban en flor. En los más elevados balcones de los alminares estaban las cigüeñas descansando de su largo viaje.

Una á una fueron hallando sus antiguos nidos, construidos en los arcos de los derruidos templos, colgados de los capiteles de las antiguas columnas que permanecían de pié. En el fondo gris del transparente horizonte se destacaban las siluetas grises de las pirámides; se veía el desierto donde el león contémpa con sus feroces ojos al marmóreo esfinge.

Las aguas del Nilo se habían retirado y las ranas se agitaban en el fango, lo que era un famoso espectáculo para las cigüeñas; las jóvenes, que lo veían por vez primera, creyeron en una falaciosa ilusión.

« Bien os habia dicho, exclamó la mamá cigüeña, que era un país de Cucaña. ; Viva el Egpito! ; Viva el Nilo, el rjo alimenticio! »

Las jóvenes cigüeñas se regalaban de antemano contemplando el festin.

« ¿ Vamos más allá ? preguntaron. ¿ Hay algo más que ver ?

— No, no, respondió la mamá cigüeña, hay que



detenerse aquí. Despues aparecen bosques enmarañados donde sólo el elefante puede abrirse paso con el peso de su pesada pata. Las culebras son allí muy grandes para nosotras y muy ágiles los lagartos. Ademas las arenas del desierto os cegarian ; oid la voz de la experiencia y permaneced aquí donde hay ranas á porrillo. Hemos llegado al fin del viaje. »

Y allí se quedaron. Los viejos se metieron en su nido del alto alminar, entregándose á un reposo bien merecido y pasando el tiempo en alisarse las plumas y afilarse el pico.

Las jóvenes paseaban á la orilla del río, entre las junqueras, hablando con los machos, sin que el diálogo les hiciese olvidar de tragarse á cada tres pasos, una grasa rana ó bien coger alguna culebra que se retorcia hasta que desaparecia en sus buches. Los machos peleaban por conquistar los mejores sitios para hacer sus nidos, y los viejos los miraban sonriendo, pues todo sientabien á la juventud. El pueblo *cigüñudo* estaba contento, teniendo sol y comida en abundancia.

Pero, en el suntuoso palacio del que las cigüeñas llamaban su huésped, no habia ninguna alegría. El alto y poderoso señor descansaba en un lecho de dolor, en la magnífica sala colgada con ricos tapices. Yacia paralizado, yerto, inerte como una momia, rodeado de su familia y de sus siervos. No estaba muerto, pero al verle en el estado en que se hallaba no se podia tampoco decir que estaba vivo.

La flor milagrosa de los pantanos del Norte que la que mas tiernamente le amaba habia querido ir á buscar ella misma, no habia sido traída, y no habia vuelto su encantadora hija que habia cruzado el espacio con el plumaje de un cisne. Sus dos herma-



nas habian dicho, á su regreso : « Ha perecido » y he aquí la historia que habian forjado :

« Hacia tiempo que las tres volábamos por los aires, cuando un cazador nos vió, tendió su arco, y su funesta flecha vino á herir á nuestra desgraciada hermana que cayó lentamente, cantando el dulce canto del cisne cuando deja la vida. Cayó en el centro de un bosque, no léjos de un gran lago del Norte. Abrimos su tumba bajo un álamo blanco y luego, pensando en la venganza, atamos una tea encendida al ala de una golondrina que anidaba en el techo del cazador. La casa no tardó en ser presa de las llamas y el matador de nuestra hermana pereció en el fuego. ¡ Pobre hermana ! No volverás á ver el Egipto. ¡ No volverás nunca á tu patria ! »

Y esto diciendo, las dos lloraban con fingido llanto. El papá cigüeña, que las oyó, hizo castañear su pico de indignacion. Se oia el ruido que hacía, enfurecido : « ¡ Mentira, perfidia indigna ! exclamaba. ¿ Por qué no puedo traspasar con mi pico el corazon de esas miserables ?

— Te lo romperias, dijo mamá cigüeña. Piensa en ti, en tu familia, y no te ocupes de los demas.

— Mañana iré á posarme en la claravoya de la cúpula bajo la que van á reunirse todos los sabios del país. Hay una consulta solemne sobre el estado del enfermo y tal vez se acerquen á la verdad. »

Al día siguiente se reunieron todos los hombres hábiles del país, que hablaron mucho tiempo, largo y tendido. El papá cigüeña se preguntaba lo que resultaría de aquellas innumerables palabras; nada útil resultaba, ni para el enfermo, ni para su hija encerrada en el lejano pantano.

Empero, oigámoslos un momento; primero, será preciso conocer el principio del asunto y el oráculo sobre el que habían sido consultados los doctores, ántes de la partida de la princesa para los países del Norte.

Este oráculo estaba concebido así :

« El amor produce la vida; del amor más vivo nace la vida más elevada. Sólo el amor puede salvar la vida del rey. »

¿ Qué conclusion práctica sacar de esta sentencia? Esto se había preguntado á los sabios reunidos en asamblea.

Las cigüeñas asistian á la deliberacion: « Sí, dijo papá cigüeña; ¡ es una magnífica idea!

— Yo no la comprendo bien, dijo la mamá cigüeña; no es culpa mia, es que no está expresada con bastante claridad. Pero, no me romperé la cabeza tratando de adivinar su sentido, tengo otras cosas en qué pensar. »

Los doctores peroraron largo tiempo sobre el amor. Definieron y analizaron sucesivamente todas las afecciones, la ternura de los esposos, la del hijo

por los padres y de los padres por los hijos. Yendo más allá de la naturaleza humana, examinaron el amor de la luz por las plantas y describieron los ardientes besos del sol, que fecundan toda la tierra.

¿ No había querido hablar de este amor el oráculo ?

Todo esto dió lugar á desarrollos prolijos con gran acopio de erudicion, con citas abundantes. El papá cigüeña permaneció un dia entero durmiendo sobre una pata sin conseguir digerir aquella dosis de ciencia.

Comprendió una sola cosa y es que, sabios é ignorantes, señores y vasallos, amos y esclavos, deseaban profundamente la curacion de su buen rey ; su enfermedad se consideraba como una calamidad para la nacion. ¡ Cuán grande y general sería la alegría si llegase á levantarse de su lecho de dolor !

Parecia seguro que, cierta flor, tendría la virtud de disipar el mal de que sufría. ¿ Dónde crecía esta flor ? Se habian interrogado los astros, analizado los murmullos del viento, y sólo esto habia resultado : « Del amor, porque el amor produce la vida. » No valia la pena de haberse torturado el ánimo y haber apurado todos los recursos de la ciencia para no saber más que ántes.

Uno de los doctores acabó por tener una idea, y fué que el socorro debía provenir de aquella de las hijas del monarca que más cariño le tenía. Era un

punto que podia poner otros en claro y hé aqui lo que aconsejaron hacer á la princesa :

Por la noche, cuando la luna bajaba el horizonte, la princesa se trasladó al pié del esfinge de mármol, cabó la arena que rodeaba el zócalo y penetró en la sala interior de una de las pirámides donde yacia la momia de uno de los más poderosos faraones de los antiguos tiempos. Apoyó la cabeza contra el pecho del muerto, y esperó lo que la revelase sobre el punto de donde vendria la salud á su padre.

La princesa se quedó dormida, y supo en sueños que en un lago profundo de los pantanos de Dinamarca (veia el sitio con claridad), existia la flor maravillosa que podia curar á su padre.

Despues de esta revelacion fué cuando la jóven princesa se vistió el plumaje de un cisne y tomó su vuelo hácia los matorrales del Norte.

Nuestra venerable pareja de cigüeñas estaba al corriente de todas estas circunstancias, y sabian además lo que de la princesa habia sido, miéntras que en su país la creian muerta.

Los sabios y los doctores fueron consultados de nuevo despues de este funesto suceso y deliberaron largo tiempo ; aun estaban en consulta cuando volvieron á Egipto las cigüeñas.

Uno de los más astutos acabó por decir lo que desde un principio habia dicho la mamá cigüeña :

« ¡ Es hada y sabrá salir del paso ! » Los otros, no teniendo nada mejor que decir, adoptaron esta conclusion que se expuso y formuló con claridad, y el consejo se aplazó, esperando el curso de los sucesos.

« Yo, dijo papá cigüeña, sé muy bien lo que voy á hacer. Voy á llevarme los plumajes de cisne de las dos pérfidas princesas. Como los habia fabricado su hermana y no podrán hacer otros, no las será posible volar hasta los pantanos del Norte. Y los dos plumajes los ocultaré allí, tal vez sirvan á alguien.

— ¿ En dónde los ocultarás ? preguntó la mamá cigüeña.

— En nuestro nido, cerca del pantano ; yo y mis hijos los llevaremos. Si son muy pesados para llevarlos de un tiron, los ocultaremos en el camino hasta otro viaje. Uno bastaria para nuestra princesa, pero no se sabe lo que puede pasar y vale más tenerlos.

— Nadie te agradecerá lo que quieres hacer, dijo la mamá cigüeña. Pero, tú eres el amo : excepto en el tiempo en que empollo mis huevos, nada tengo que decir. »



Volvamos á las regiones del Norte. En la casa del pirata, adonde las cigüeñas regresaron en el verano, habian dado á la niña el nombre de Helga. Era un nombre muy dulce para un carácter semejante. De año en año, miéntras que las cigüeñas iban, en otoño hácia el Nilo y en verano hácia los mares septentrionales, la niña crecia en hermosura como en salvajismo. Antes de que se pensase en ello, era una jóven de diez y seis años de maravillosa belleza. El exterior era seductor, pero el alma dura y despiadada, digna de aquellos tiempos.

Era para ella un placer bañar sus blancas manos en la sangre caliente que manaba de las heridas de los animales ofrecidos en holocausto, y regar con ella á los asistentes. Decia á su padre adoptivo, con rave seriedad :

« Si tu enemigo penetrase de noche por el techo e tu casa, miéntras duermes, si le viese ó le oyese

acercarse para matarte, no te despertaría ; no podría, pues aun me duele el golpe que me diste muchos años hace. No lo olvido. »

El pirata estaba encantado de estas palabras y se reía con todo su corazón, pues seguía ignorando que, en Helga, la forma y el carácter cambiaban de continuo. Montaba á caballo en pelo, manteniéndose



erguida y firme cuando el corcel galopaba ; no saltaba al suelo cuando se peleaba con los otros caballos. Vestida se lanzaba al río y lo bajaba á nado para salir al encuentro de los buques de su padre, cuando este tornaba de una de sus expediciones. Se cortó la trenza más larga de sus cabellos y tejó una cuerda para su arco. « Lo que hace uno mismo, dijo, está siempre mejor hecho. »

La mujer del *viking* tenía mucha fuerza de voluntad, pero era humilde y tímida delante de su hija adoptiva, pensando en el sortilegio que dominaba á la jóven.

Muy á menudo, cuando su madre estaba al balcon y la miraba, Helga, para asustarla se ponía sobre el brocal del pozo y se dejaba caer. Con sus instintos de rana, se bañaba y volvía á subir con fuerza y agilidad maravillosa. Con el traje goteando agua se precipitaba en la sala llena de plantas verdes, segun la costumbre de la época.

Llegaba empero un momento en que Helga era tratable. Al ponerse el sol. Quedaba entónces tranquila y meditabunda, escuchaba los consejos, un presentimiento la llevaba hácia su madre adoptiva. Cuando se ponía el sol y que la metamorfosis se operaba, permanecía triste y silenciosa. La enorme rana daba lástima, con su desconsolada mirada. No tenía voz y sólo daba, de vez en cuando, algun grito sofocado como el sollozo de un niño dormido.

La *viking* la tomaba entónces en su gremio, olvidando la espantosa fealdad del monstruo, y clavando sus ojos en los de la infortunada, la decia: « Casi desearia que estuvieses así siempre. No te amaria menos de lo que te amo y te cuidaria bien. Me asustas cuando recobras tu belleza. »

Empleó y echó sobre el animal todos los signos mágicos empleados para romper los sortilegios. Nada



surtió efecto. Todo lo que podía observar es que, á medida que crecía, la forma de la rana se afinaba, se humanizaba en cierto modo, sin dejar de ser ménos horrible.



El papá cigüeña que no la conocía más que bajo la forma diurna, decía á su compañera :

« ¿ Cómo pensar que ha sido tan pequeña que una

flor de iris la servia de cuna? Ahora es alta y robusta. El verdadero retrato de su madre, la princesa de Egipto, que sin duda no volveré á ver más. Habias dicho empero, querida, como los más sabios de los sabios de allá que siendo hada sabria salir del paso. Temo que tu presagio no se realice. Hace muchos años que en todos sentidos recorro el gran pantano y nunca ha dado señales de vida. Además, cuando vengo, algunos dias ántes de tu llegada, para limpiar el nido de las suciedades que dejan esos pícaros de gorriones, me he paseado, como un buho, durante la noche, sin ver nada. Hasta hoy nadie se ha aprovechado de los dos plumajes de cisne que con tanto trabajo hemos traído aquí, en tres viajes, mis hijos y yo. Y si la casa, que es de madera, se incendiase, los preciosos plumajes se perderian.

— Y nuestro nido tambien, interrumpió la mamá cigüeña ; no pareces preocuparte de eso y si te preocupas es mucho ménos que de tus plumajes estrambóticos y de tu princesa pantanosa. Vé á reunirte con ella en el limo, si tanto te interesa. Eres un mal padre y nada más. De todo te ocupas excepto de tus hijos. Y ¡ bonita cosa has hecho de esa Helga. ! ¡ Con tal de que no nos pase un dia con una flecha ! Es tan loca y violenta que ni sabe lo que hace. Ántes de que estuviese aquí me paseaba yo por el patio como si la casa fuese mia y hasta podia visitar las cazuelas y los

peroles. Hoy, ya no me fio. Además, tiene la culpa de que nos disputemos. En verdad, deberías haberla dejado en su flor de iris y habría sido de ella lo que Dios hubiese querido.

— Vamos, vamos, eres ménos mala de lo que podría creerse al escucharte ; te conozco mucho mejor que tu misma te conoces. »

Y esto diciendo, salió del nido, extendió las patas y se puso á bogar majestuosamente por el aire, sin mover las alas. El sol hacía relucir sus plumas negras, entre las que salía su cabeza fina é inteligente.

« Es el más hermoso de todos, pensaba la mamá cigüeña ; pero, buen cuidado tendré de no decírselo : bastante presuntuoso es ya. »



## V

Aquel otoño, el pirata regresó á su hogar más pronto que de costumbre ; llena de botin y prisioneros venía su barca. Entre ellos habia un sacerdote de los cristianos que se mofaba de los antiguos dioses escandinavos.

Muy á menudo se habia hablado en casa del *viking* de la nueva religion que se esparcia por el Sur y ganaba terreno con singular rapidez. Helga, como los demas, habia oído hablar del Cristo que habia dado su vida por el amor de los hombres y por la salvacion de la humanidad. Pero, en ella, todo le entraba por un oído y le salia por el otro, como decirse suele. Habriase dicho que, cuando poseia su forma humana, la palabra amor no tenia sentido para ella sólo parecia capaz de comprenderlo cuando tomaba a forma de la asquerosa rana, en el sitio en que la ocultaba la *viking*.

Esta habia escuchado atentamente cuanto se decia

del Hijo de Dios; los marinos del pirata la habían hablado de magníficos templos de piedra y mármol elevados al Dios verdadero; habían llevado vasos de oro cincelados con esmero y llenos de delicioso perfume: eran los incensarios; los sacerdotes los mecían ante el altar inmaculado por el que nunca corría la sangre.

El jóven sacerdote fué encerrado en el sótano de la casa, atado de piés y manos. La mujer del pirata se conmovió á la vista del hermoso mancebo y la piedad entró en su alma.

Helga, por el contrario, propuso atarlo á la cola de un toro que ella perseguiría con sus perros.

« No, dijo el *viking*, puesto que se mofa de nuestros dioses, mañana será inmolado en su altar, en el bosque sagrado. »

Por vez primera iban á celebrar un sacrificio humano. Helga pidió como un favor que la encargasen de regar con la sangre de la víctima á los dioses y al pueblo. Afiló su cuchillo, y dió una puñalada á uno de los perros feroces que corrían á su lado y cayó como herido por el rayo: « Era para probar mi cuchillo, » dijo.

La *viking* dirigió una triste mirada á la cruel criatura. Cuando llegó la noche y Helga se trasformó de cuerpo y alma, su madre adoptiva la comunicó, con palabras conmovedoras, la profunda tristeza de su

pecho. La rana la miraba con melancólicos ojos comprendiéndolo todo al parecer.

« Nunca me he quejado , dijo la mujer del pirata, ni á mi dueño y señor, de lo que por tu causa sufro. Rebosando está mi corazón de amargura, tanto te amo, mientras que el amor no ha penetrado nunca en tu pecho, y pareces una de esas heladas flores que brotan en el légamo de los pantanos. »

El infortunado monstruo se echó á temblar ; sus ojos se llenaron de lágrimas.

« Los días dolorosos llegarán también para ti, que te regocijas del mal del prójimo, y mi corazón sangrará. ¡Ay! más hubiera valido dejarte en el camino expuesta al frío de la noche que te habría adormido para siempre cuando acababas de nacer. »

La *viking* lloró amargamente, y se retiró detrás de la piel de oso que dividía en dos la estancia. La pobre rana permaneció sola en un rincón. Reinaba un profundo silencio. De pronto se oyeron como sollozos sofocados. Era Helga. Dió un paso hácia la puerta y escuchó ; no oyendo nada, siguió andando y al llegar á la puerta descorrió sin ruido el enorme cerrojo de madera que la cerraba ; luego salió. Una lámpara ardía en la antesala, la tomó y se dirigió al sótano ; quitó la barra de hierro que sujetaba la puerta. Todo esto lo hacía con suma dificultad en su estado de metamorfosis, pero una voluntad enér-

gica la sostenia. Bajó la escalera y se halló al lado del prisionero que dormia. Le tocó con su mano fria y húmeda. Él se despertó y creyó ver una aparicion del infierno. Helga cortó con su cuchillo, —



que no habia olvidado, — las ligaduras del prisionero, y le hizo señales de seguirla.

El sacerdote pronunció una oracion, comprendio que no era una vision, y murmuró las palabras de la escritura : « Bendito sea el que se apiada del desgraciado ; así le socorrerá el Señor en el infortunio. »

Y añadió :

« ¿Quién eres, y de dónde procede esa forma bestial en ti, que pareces llena de compasion y de benevolencia? »

La rana permaneció muda, y como renovase sus señales, el sacerdote la siguió. Le llevó á la cuadra y le enseñó un caballo. El prisionero comprendió, subió en el corcel y la rana saltó á las crines del animal para conducirle á traves los matorrales.

El sacerdote comprendia que la misericordia de Dios obraba por la mano de aquel monstruo; rezó nuevas oraciones para conjurar el sortilegio, si lo habia. Helga se estremeció. ¿Era la influencia de las oraciones? ¿Era que se acercaba la mañana? Quiso detener el caballo y saltar á tierra, pero el sacerdote la detuvo.

El cielo se coloreó y los primeros rayos del sol iluminaron el horizonte; la trasformacion se operó al momento. La hermosa jóven apareció con sus instintos diabólicos. Se tiró del caballo, que se detuvo á su voz, y sacando su afilado cuchillo se precipitó sobre el sacerdote pronta como el relámpago.

« ¡ Pálido esclavo! exclamó, voy á hundirte en el pecho mi cuchillo. »

El sacerdote pudo evitar el golpe, y un roble añoso que á su lado estaba le ayudó; sus raíces aprisio-



naron los piés de la jóven y la contuvieron. Cerca de allí manaba una fuente. El sacerdote cogió agua con sus manos, y pronunciando palabras de bendicion, la vertió sobre la cabeza de Helga, ordenando á los espíritus que la abandonasen. El agua santa no tiene fuerza donde la fe no corre interiormente. Pero, la accion misteriosa del sacerdote produjo en Helga un efecto pasmoso. La violenta criatura quedó como anonadada; dejó caer sus brazos y su cuchillo se escapó de sus manos.

« Ha recitado palabras secretas, se dijo, y ha trazado en el aire señales sagradas que domeñan los elementos. »

Helga, que no habria pestañeado si hubiese blandido un hacha sobre su cabeza, se sentia vencida por la señal de la cruz que le habia trazado en la frente. Por la primera vez parecia dominada. El sacerdote la recordó la accion de misericordia que, bajo distinta forma, habia practicado con él. Habia cortado sus cordeles y le habia devuelto á la luz y á la vida.

« Yo tambien, prosiguió, romperé las ligaduras que te encadenan; voy á llevarte al suelo cristiano de Hedeby, donde San Ansgario sabrá romper el singular encanto que pesa sobre ti. »

Se postró de hinojos y rezó con fervor. El bosque formaba un tranquilo santuario en el que cantaban



los pajarillos. Helga se hallaba como una sonámbula, entre la vela y el sueño. Se dejó sentar á mujeriegas y el caballo siguió su camino por la selva.

El sendero era malo, pero fresco y vivificador el aire. El sacerdote hablaba á Helga con el penetrante ardor de la fe y de la caridad cristiana. La gota de agua horada la más dura roca, y así las palabras



del sacerdote dulcificaban poco á poco á la huraña Helga, que no tenia conciencia de sí misma. La enseñanza del sacerdote penetraba en ella como los cantos de una madre penetran en el alma del niño que repite las palabras sin comprenderlas, hasta que acaban por ofrecerle un sentido.

Á la caída de la tarde, una partida de bandoleros apareció.

« ¿ En dónde has robado esta encantadora jóven ? » preguntaron los bandidos? El sacerdote no tenia más que el cuchillo de Helga; un ladron blandió su hacha contra él, huyó el golpe, pero el hacha dió al caballo que, ensangrentado, cayó de rodillas. Helga



se precipitó hácia su corcel favorito, el sacerdote se colocó delante de ella para defenderla, pero le arrojaron un pesado martillo á la cabeza y vino al suelo, exánime.

Los bandidos se apoderaron de Helga. El sol se ponia y al apagarse el último rayo se operó la metamorfosis. La encantadora jóven se cambió en una

rana gigantesca; su ancha boca verdosa, sus brazos delgados y viscosos, sus manos membranosas que se abrian como abanicos daban horror.

Los bandidos, aterrorizados, retrocedieron. El monstruo se alejó saltando y desapareció entre la maleza, y los bandoleros se alejaron tambien, temblorosos, sin volver la cabeza atras.

## VI

La luna llena iluminó toda la region. La pobre Helga, bajo su forma miserable, se arrastró fuera de la maleza y se acercó al sacerdote. Le miró con ojos que parecian llorarle, trató de reanimarle, roció con agua su rostro, pero estaba muerto, y no tardó en comprenderlo. Y comprendió tambien que si permanecia así, los animales feroces se comerian el cadáver. « No, no pasará eso, » se dijo.

Trató de cabar una zanja con una rama de arbol. Las membranas tendidas de sus dedos se desgarraron y comenzó á manar la sangre. El trabajo era superior á sus fuerzas y tuvo que renunciar á él. Cubrió el muerto con hojas frescas, con grandes ramas, con hojas y yerbas secas y sobre esto amon-

tonó las piedras más pesadas que pudo recoger, construyendo así una tumba.

La noche entera pasó en este trabajo. El sol disipó las nieblas de la mañana; la hermosa jóven estaba allí de pié, con las manos ensangrentadas, y por vez primera, con lágrimas en las mejillas.

Miró en torno suyo como si saliese de una espantosa pesadilla, y sintiéndose desfallecer, se apoyó en un árbol, y acabó por subirse á él como una ardilla asustada.

La calma y el silencio reinó en el bosque, el silencio de la muerte, dice el vulgo. Los enjambres de mariposas juegan en el aire; de los hormigueros salen infinitos séres que corren con prodigiosa rapidez. Los mosquitos danzan una zarabanda. Las moscas zumban. Los escarabajos se ponen en camino. El gusanillo de luz sale de su morada. Un topo asoma las narices á la puerta de su subterráneo. El hombre pasa en medio de todo esto, y no viendo nada, se imagina que la muerte reina alrededor, lo mismo que un ciego niega la claridad del día.

Una bandada de urracas se acercó á Helga con curiosidad, y al mirarlas la jóven se alejaron charlando sobre su figura. Nada habia de particular en que no comprendiesen nada, pues Helga no se comprendia á sí misma. Permaneció inmóvil la mayor parte del día. Por la tarde, cuando el sol se acos-

taba, se bajó del árbol á que se habia subido. Al desaparecer el último rayo de sol, Helga recuperó su horrible forma. Pero, conservaban sus ojos una expresion cada vez más humana, y hasta eran más tiernos que cuando tenía la forma de una jóven.

Helga vió al pié del montecillo funerario que habia elevado la noche anterior, la cruz de ramas, última obra del finado sacerdote. La recogió y trazó al rededor de la tumba signos que reproducian el símbolo de la redencion. Al dibujar estas cruces, cayeron las membranas de sus manos como un guante desgarrado, y vió la blancura de su cútis. Temblaron sus labios y meneó su lengua; el nombre que el sacerdote habia repetido várias veces durante el trayecto : « Jesucristo, » le vino á la memoria y lo pronunció con claridad. Al instante, se despegó la piel del monstruo y cayó á sus piés. Helga era la encantadora jóven que sólo la luz del dia habia conocido.

Fué para ella un momento de encantadora sorpresa, pero la venció en breve una profunda sensacion de cansancio, se reclinó en la yerba y se durmió.

No fué largo su sueño. Se despertó á cosa de la média noche.

Vió delante de ella al sacerdote asesinado que habia salido de su tumba y aparecia rodeado de luz. El caballo muerto estaba tambien de pié arrojando espuma por las narices.

El sacerdote la miraba con profunda mirada, y esclarecía el alma de Helga. En un momento vió toda su vida pasada : el bien que la habian hecho, la ternura de su madre adoptiva que la habia salvado mil veces ; el mal que ella habia causado siguiendo sus feroces instintos. Comprendió su miserable naturaleza y descendió á su alma un rayo purificador.



« Hija del limo, dijo el sacerdote, no debes volver al fango de que has nacido. El rayo de sol que encierra tu sér te llevará hácia su manantial. Vengo del país de los muertos que tambien visitarás un dia. No vengo á buscarte para llevarte á Hedeby. Antes de recibir el bautismo, es preciso que vuelvas al pantano y saques la raíz de do parte tu sér. Sólo despues de ese deber cumplido, podrás recibir el agua santa. »



Puso á Helga sobre el caballo, y lo montó él tambien llevando en su mano la cruz de ramas. Partieron por los aires, fulgurando en la frente del sacerdote su herida como una diadema enriquecida con piedras preciosas.

Corrian por encima del bosque pasando colinas, lagos y llanuras. Los gigantes salian de sus tumbas armados de todas armas, los dragones que guardan los tesoros secretos se alzaban meneando la cabeza. Despues de un largo trayecto, llegaron al inmenso pantano que al principio de este relato se ha descrito, y volaron á su alrededor describiendo grandes círculos. El sacerdote levantó la cruz que resplandeció como si fuese de purísimo oro, y entonó un cántico piadoso; todo lo que habia en el fondo del agua, salió á la superficie como buscando aire, vida. Miles de íris se extendieron sobre el agua formando una alfombra de flores en la que, dulcemente balanceada, se veia una mujer dormida. Helga creyó al pronto ver su propia imágen reflejada en el agua; pero, la engañaba el parecido; era su madre, la princesa del Nilo, la esposa del Rey del limo.

El sacerdote ordenó á Helga que la colocase encima del caballo, que cedió al pronto, pero que, reanimado al contacto de la cruz, cruzó el espacio con su triple carga. Se alejaron del pantano y en un abrir y cerrar de ojos se hallaron en tierra firme.

El gallo cantó en la casa del *viking*. El caballo con el



sacerdote desaparecieron en los aires, y la madre

y la hija quedaron solas, una en presencia de otra.

« ¿Es mi imagen la que veo? dijo la madre contemplando á Helga con sorpresa.

— La misma idea tuve yo, respondió Helga; pero somos dos y soy yo tu hija. »

Largo tiempo permanecieron abrazadas.

« Hija mia, dijo la madre, eres la flor de mi corazón brotada en el fondo de las aguas. Comprendo ahora el sentido del oráculo; por tí debe mi padre renacer á la vida. »

## VII

Mientras se tenían abrazadas, el papá cigüeña se puso á dar vueltas concéntricas aminorando cada vez más el círculo que trazaba. Cuando las hubo visto bien se fué disparado á su nido, cogió los plumajes de cisne que conservaba hacía años, volvió al lado de las dos mujeres y los dejó caer á sus piés. La madre los reconoció al instante; se puso uno, hizo ponerse el otro á su hija y las dos quedaron convertidas en blancos cisnes.

Papá cigüeña las acompañaba: « Podemos hablar juntos, dijo, aunque no tengamos el mismo pico.

¡Llegáis á propósito, pues esta noche partimos para



Egipto; miradme bien. ¿No reconocéis á uno de

vuestros antiguos amigos del Nilo? Mamá cigüeña os quiere mucho tambien, aunque á veces dice lo que no siente. Siempre ha dicho que la princesa sabria salir del pantano. Por mi parte, me alegro muchísimo. Dentro de un momento nos pondremos en marcha. Correréis ménos peligro y os enseñaremos el camino.»

Helga dijo que no podia abandonar la Dinamarca sin ver á su madre adoptiva, á la buena mujer del *viking*. Los cuidados que la habia prodigado, las tiernas palabras que la habia dicho, las lágrimas que habia derramado, todo se presentaba á su mente, y en este momento la parecia que, de sus dos madres, era aquella la que preferia.

«Sí, sí, dijo papá cigüeña, pasaremos por la casa de madera. La mamá me espera con los hijos, y aunque no dirá gran cosa, pues habla poco, no dejará de alegrarse. Voy á anunciar vuestra llegada.»

Y se puso á castañetear con el pico de lo lindo.

La casa del pirata estaba sumida en el sueño. La *viking* no se habia decidido á acostarse hasta muy tarde; estaba en las mayores angustias á causa de Helga, que habia desaparecido hacia tres dias, al par que el prisionero cristiano. Era ella, sin duda alguna, la que habia favorecido la fuga del sacerdote, pues el caballo que faltaba en la cuadra, era el suyo.

Acabó por dormirse y el sueño invadió su ánimo. Zumbaba un terrible huracan; las olas del mar se

alzaban como promontorios. Era la noche cre-



menda del Raguarok como los paganos la llamaban.

Resonó la trompa guerrera. Los dioses salieron armados para entablar el último combate. Las valquirias iban delante y seguían los héroes muertos en el campo de batalla. La claridad de cien auroras boreales alumbraba la atmósfera, pero no pudo sostener la invasión de las tinieblas, más densas cada vez.

La *viking*, vió de pronto, con espanto, á Helga bajo su repugnante forma de rana. La pobre criatura temblaba y se estrechaba contra su madre adoptiva que acabó por ponerla en su regazo. Resonaba el aire con el estruendo de mazas y espadas. Las flechas silbaban como una granizada infernal. Había llegado la hora en que tierra y cielo iban á disolverse en la nada. Pero la mujer del *viking* había creído siempre que brotaría una nueva tierra, un nuevo cielo, en el que reinaría el Dios desconocido. En efecto, después del cataclismo vió de nuevo la claridad, y vió también un sér trasfigurado, de una hermosura perfecta que se elevaba hácia los cielos. En esta aparición reconoció al sacerdote cristiano que se había escapado de su prisión.

« ¡ Jesucristo ! » exclamó al reconocerlo, y dando un beso en la frente de Helga, el manto bestial que á esta cubría, cayó por tierra y apareció la encantadora jóven, no violenta y terrible como ántes, sino amante, dulce, afectuosa. besando las manos de su madre adoptiva, bendiciéndola por las pruebas de

cariño que la había dado, y sobre todo por haber pronunciado el nombre divino que la había liberado de su funesto encanto. Mientras hablaba así, Helga se trasformaba en un cisne de poderosas alas y se elevó en los aires con el ruido de una bandada de aves viajadoras.

La mujer del pirata se despertó en este momento, y oyó en efecto grandes aletazos. Recordó que era la época en que las cigüeñas emigran y quiso contemplar ántes de su partida, á aquellas aves amigas de los hombres. Se levantó y se acercó á la ventana.

Una cantidad crecida de cigüeñas estaba sobre el techo y á cada paso llegaban otras más. En frente del balcon, cerca del pozo en que Helga se zambullia en otro tiempo para asustar á su madre, habia dos cisnes que la miraban con inteligentes ojos. La *viking* recordó su vision y la idea de que Helga se habia trasformado en cisne la llenó de alegría.

Los cisnes batieron las alas y doblaron el cuello, como diciéndola á Dios. La *viking* extendió sus brazos hácia ellos. Se habria dicho que lo comprendian todo.

Las cigüeñas se alzaron de pronto, todas á un tiempo.

« No esperamos á los cisnes, dijo mamá cigüeña, no acaban nunca de decir á Dios. »

Pero los cisnes no tardaron en seguirlas.

« ¿ Son esas las montañas enhiestas de que he oido hablar? preguntó Helga á su madre.

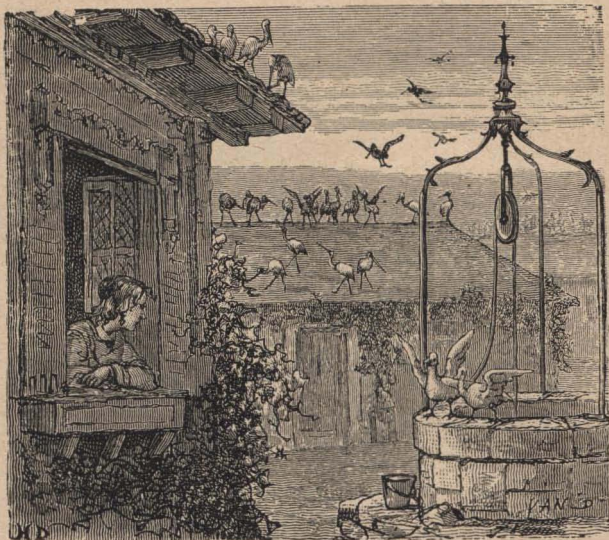


— No ; respondió esta ; es una tempestad que pasa por debajo de nosotras.

— ¿ Qué son esas nubes blancas ?

— Son los picos cubiertos eternamente de nieve. »

Pasaban por encima de los Alpes. Vieron extenderse las olas azuladas del Mediterráneo.



« ¡ El Africa !... ¡ Las costas de Egipto ! » exclama con alegría la princesa del Nilo, viendo de léjos su patria que se extendia como una larga cinta amarillenta.

Las cigüeñas se señalaron tambien, unas á otras,

las cimas de las pirámides y apresuraron su vuelo.

« Olfateo ya las ranas, dijo mamá cigüeña ; ánimo, hijos míos, vais á tener un opíparo festin. »

Y todas volaron con más ahinco.

« Ya han vuelto las cigüeñas, » dijeron en el rico palacio de las orillas del Nilo.

El rey reposaba en la sala, extendido sobre almo.



hadones y cubierto con una piel de leopardo. Estaba todavía paralizado y aterido ; no estaba muerto, pero no podía decirse que estuviese vivo.

Dos magníficos cisnes entraron de pronto en la sala ; se desprendieron de sus plumajes y dos mujeres de igual belleza, parecidas como dos gotas de rocío y de corta diferencia de años, se acercaron al enfermo é inmóvil rey. Helga se inclinó é imprimió

un ósculo en su frente. Al momento, las mejillas de su abuelo se colorearon, recobraron sus ojos la viveza, y el movimiento sus miembros. El monarca se levantó curado y lleno de júbilo. La flor nacida en el fondo de los pantanos del Norte habia operado este prodigio.

### VIII

Reinaba la alegría en el palacio del monarca y las cigüeñas comían en sus nidos con abundancia y descansaban de las fatigas del viaje.

Cuando la mamá cigüeña estaba tan repleta como los demas :

« Espero, exclamó, que ahora serás un personaje importante. No es posible que no sea así, despues de lo que has hecho.

— ¿ Qué he hecho que tanto valga ? respondió el papá cigüeña.

— Lo has hecho todo, replicó la madre. Sin ti y sin nuestros hijos, ¿ habrian vuelto las princesas á Egipto y habrian podido devolver la salud al anciano rey ? Es imposible que no te den una recompensa. Á lo ménos, un gorro de doctor, trasmisible

de hijos á nietos. Es una distincion que te sentara



muy bien, con tu aire grave de doctor. »

Los sabios se reunieron y expusieron la idea fundamental. « El amor hace nacer la vida, » decian, como el oráculo ; pero aplicaban bastante mal este axioma. En fin, la mayoría concluyó diciendo que la princesa de Egipto habia bajado como un rayo de sol hasta el Rey del limo, y que de su union provenia lo que el oráculo llamaba « la flor milagrosa. »

« No puedo repetir lo que han dicho, exclamó el papá cigüeña, pues no he entendido nada de sus sutiles explicaciones. Les han dado altas distinciones y magníficos presentes. Hasta uno, que no ha abierto la boca, ha recibido un soberbio regalo.

— Y á ti que lo has hecho todo ¿ te han olvidado ? dijo la mamá cigüeña. Esperemos te llegarás tu vez. »

Estaba muy entrada la noche y todo dormia en el palacio y fuera, excepto Helga. Asomada al balcon, contemplaba el cielo claro, las fulgurantes estrellas que parecian mucho mayores que en las nieblas del Norte. Pensaba en los pantanos de Dinamarca, en los ojos dulces de su madre adoptiva, en la ternura de la esposa del pirata normando.

Habria deseado decirla dónde se hallaba, hacerla saber que pensaba en ella. Á fuerza de reflexionar tuvo una idea.

En los primeros dias de la primavera, cuando las cigüeñas partian para el Norte, Helga se quitó una

de sus pulseras de oro é hizo grabar en ella su nombre. Llamó á papá cigüeña, se la pasó al cuello y le dijo que la entregase á la mujer del *viking*, que comprenderia que su hija adoptiva vivia feliz y se acordaba de ella.

« No es esto muy ligero, pensó el papá cigüeña ; pero no se debe tirar en el camino ni oro, ni honor

— ¡ Otro nuevo servicio ! dijo la mamá ; y ¡ ninguna recompensa ! Es atroz.

— ¿ No cuentas por nada una buena conciencia ?

— No da buen viento, ni buen plato. »

Empero, á su regreso, tuvieron una agradable sorpresa ; Helga habia hecho representar toda su historia en jeroglíficos, en un monumento, y las cigüeñas desempeñaban en ella un gran papel ; se las tributaba plena justicia.

« ¡ Es una atencion delicada ! dijo el papá cigüeña.

— Es lo ménos que te debian, » respondió la mamá.

Y cuando Helga las vió, las llamó, las acarició. Las dos cigüeñas se contoneaban muy exorgullecidas, y los pequeñuelos hacian otro tanto por el honor concedido á sus padres.

Esta es la historia de la *Hija del Rey del limo*, tal como desde hace siglos, pasa de pico en pico entre las cigüeñas.



## UNA DESAZON

### I

Esta historia se compone de dos partes. La primera podria pasarse en silencio sin inconveniente. Pero debe contarse, pues da á conocer un poco los personajes.

Nos hallábamós en el campo, en una quinta, de la que los dueños estaban ausentes por algunos dias. Se presentó la viuda de un curtidor de la aldea cercana, que venia seguida de un perrillo, un doguillo. Su

viaje tenía por objeto tomar en préstamo una suma sobre hipoteca, y traía una infinidad de actas autorizadas y polvorientos papeles. La aconsejamos que los metiese en un sobre, con esta rúbrica : « Al señor X... comisario general de las guerras, propietario. »

Escuchó con atención, tomó la pluma, se detuvo y nos suplicó que repitiésemos lo que habíamos dicho, pero lentamente. Lo hicimos, y escribió : « Señor X... comisar... » Aquí se detuvo para preguntarnos si era preciso poner dos *r*. Suspiró y dijo : « ¡ Ay! yo soy una pobre mujer : ¿ Cómo puedo escribir todo eso ? »

El doguillo se había acostado por el suelo ; gruñía y parecía poco contento. En efecto, había hecho el viaje por su salud y para su recreo, y no le ofrecían ni un tapete para acostarse.

Con su hocico achatado, era muy feo, y seguía gruñendo sordamente.

« No hagáis caso, dijo la dama, no muerde ; en primer lugar porque no tiene dientes, y en segundo porque es un buen animal. Hace muchísimo tiempo que lo tenemos y forma parte de la familia. Nuestros hijos le agrían el carácter. Hacen con sus muñecas una comedia en la que dos se casan y quieren que el pobre perro represente al baile. Eso cansa al pobre viejo y le pone de mal humor. »



Acabó por escribir las señas y se fué con el doguillo debajo del brazo.

Esta es la primera parte de la historia que habria podido dejarse en silencio.

## II

El doguillo se murió. Aquí comienza la segunda parte.

Habíamos ido á la aldea y habitábamos un meson delante de la casa de la viuda. Nuestras ventanas caian al patio de esta casa, que estaba dividida en dos por un tabique de tablas. En un lado habia pieles y herramientas indispensables á un curtidor. En el otro habia un jardincillo donde jugaban algunos niños ; eran los nietos y nietas de la dama.

Acababan de enterrar al pobre doguillo ; le habian erigido un soberbio mausoleo digno de su hermosa raza. Alrededor habian formado un recinto con tiestos, y en el centro se alzaba una botella rajada.

Despues de haber celebrado con gravedad una ceremonia fúnebre, los niños bailaron en círculo, al rededor de la tumba. Uno de ellos, un mozo de siete años, espíritu práctico, propuso hacer una ex-

posicion de la magnífica sepultura y enseñarla á los niños del vecindario. El precio de entrada sería un boton de pantalon. Los muchachos tendrian siem-



pre uno, habria varios que darian dos para que pudiese entrar con ellos una niña, asi se reuniria una gran coleccion de botones.

El proyecto fué votado á la unanimidad y los chi-

cos salieron á pregonar la apertura de la exposicion.

Los muchachos acudieron de todas las calles y callejuelas circunvecinas. Todos dieron el boton exigido. Aquella tarde hubo muchos chicos que volvieron á su casa con el pantalon sujeto solamente por un tirante; pero es verdad que habian podido admirar la tumba del doguillo.

Á la puerta de la calle estaba una niña cubierta de andrajos. Era muy bonita, tenia una abundante cabellera rizada y unos ojos de un azul aterciopeado. No decia nada, tampoco lloraba; pero cada vez que se abria la puerta, echaba una larga mirada al interior del patio. No poseia un boton y sabia muy bien que no se lo darian. Y permaneci6 allí triste hasta que se fueron todos los que habian visto el monumento del doguillo.

Ent6nces se sent6 en el suelo, se llev6 las manos á los ojos y rompi6 á sollozar. Ella sola no habia podido ver la tumba del doguillo. Y era una desazon tan grande, tan profunda, como la que puede experimentarse en otra edad.

La habiamos visto desde la ventana. Y á decir verdad, cuando se miran así, desde alto, las desazones de los otros y aun las de uno mismo, no se puede ménos de sonreir.



## EL ABETO

En la linde del bosque brotaba un lindo abeto. Había echado raíces en un buen sitio, pues recibía los rayos del sol, tenía bastante aire y no estaba ahogado por los grandes pinos, sus hermanos, que se alzaban á su alrededor. Pero el arbolito apreciaba mal todas estas ventajas. No tenía más que una idea, un deseo y era crecer cuanto ántes. El buen calor del sol, el viento que le refrescaba y le traía la llu-

via cuando era necesario, todo esto le dejaba indiferente. Muy á menudo, los chicos de la aldea cercana iban al bosque á buscar fresas, en verano, y moras en otoño. Cuando habian llenado sus canastos, se sentaban en la linde del bosque junto al abeto. « ¡ Qué árbol más lindo ! decian al verlo. ¡ Es encantador ! » Pero el árbol se ofendia de estos elogios.

Al otro año creció de una pulgada, y de una pulgada más al año siguiente. Presentaba ya varios de esos pisos de ramas en los que se conoce la edad de los abetos. « ¡ Qué lento es mi desarrollo ! suspiraba. ¿ Cuándo podré, como mis mayores, ostentar una magnífica copa de follaje ? Los pájaros vendrian á anidar, y cuando soplase el viento devolveria majestuosamente á mis hermanos las graves reverencias que me hacen. »

Consumido por este vano pesar no sabía regocijarse con la luz del sol, el canto de los pájaros y la frescura de las noches. El invierno extendió á su alrededor una capa de nieve. Una liebre pasó corriendo y saltó el árbol de un brinco, lo que le ofendió mucho. Tres años despues, la liebre quiso dar el salto, pero tomó poca carrera y rodó por tierra, con gran satisfaccion del abeto. « ¡ Qué dicha la de crecer al fin ! pensó este. Entrar en años, ser respetable, ¿ no es lo mejor que puede desearse ? »

Por el otoño, los leñadores echaban á bajo los

árboles más grandes. El abeto, que comenzaba á tomar cuerpo, reflexionó con este motivo, y se estremeció. ¿Harian lo mismo con él cuando tuviese la estatura necesaria? Es que no sólo los arrancaban, los magníficos árboles, sino que una vez por tierra les arrancaban las ramas y la corteza. Yacian por el suelo desnudos, despojados, desconocidos; luego los cargaban en carros que se llevaban los caballos.

¿ Adónde los llevaban?... ¿ Qué era de ellos? En la primavera, cuando volvieron las golondrinas y las cigüeñas: « Vos que viajáis tanto les preguntó el abeto, ¿ sabéis qué ha sido de los grandes árboles que han cortado? »

Las golondrinas no habian visto nada, pero una cigüeña, despues de reflexionar, levantó la cabeza y dijo: « Creo saber de lo que se trata. El otro dia encontré en el mar, á algunas leguas de la costa de Egipto, buques recientemente construidos. Estaba cansada y reposé un momento en el palo mayor de uno de ellos. Tenía un gran olor á abeto. Sin duda era uno de esos árboles. ¡ Tienen un aspecto arrogante entre las velas y jarcias y las banderas de colores brillantes!

— ¿ Por qué no soy mayor? murmuró el abeto, cuya vanidad fué excitada al momento; ¿ por qué no tengo más altura para que me lleven y me

adornen como ellos? Pero, decidme, ¿ qué es el mar y á qué se parece?

— Sería muy largo explicártelo, dijo la cigüeña, y es la hora de la siesta. Buenas tardes.

— Alégrate de tu lozana juventud, decia el rayo de sol, alégrate de la savia fresca y vigorosa que circula en tus ramas, en vez de desear estar donde no estás. » La brisa jugueteaba entre las ramas flexibles del arbolillo ; el rocío lo cubria de gotas semejantes á piedras preciosas. El abeto no deseaba más que crecer y viajar.

Cuando se acercaba Navidad, los leñadores entraban en el bosque para cortar arbolitos que no eran siquiera tan altos como nuestro orgulloso abeto. Se llevaban los más hermosos, dejándoles las ramas y poniéndolos en carretas. « ¿ Adónde los llevan? se decia el abeto con envidia. No son mayores que yo, y aun habia uno más pequeño. ¿Cuál puede ser su suerte?

— ¡ Bien lo sabemos ! ¡ Bien lo sabemos ! dijeron los gorriones. Allá bajo en la ciudad, en los balcones y ventanas hemos mirado por las rendijas y hemos visto á esos afortunados abetos. ¡ Qué esplendor el suyo ! ¡ Qué cosas más hermosas los rodean ! En el centro de una sala bien templada, plantados en una gran caja y adornados con naranjas, dulces transparentes, muñecas, todo esto alumbrado

por centenares de bujías de colores colocadas entre sus ramas. ¡ Ah! ¡ felices son!

— Y despues, preguntó el abeto trémulo de emocion, ¿ qué hacen con ellos?

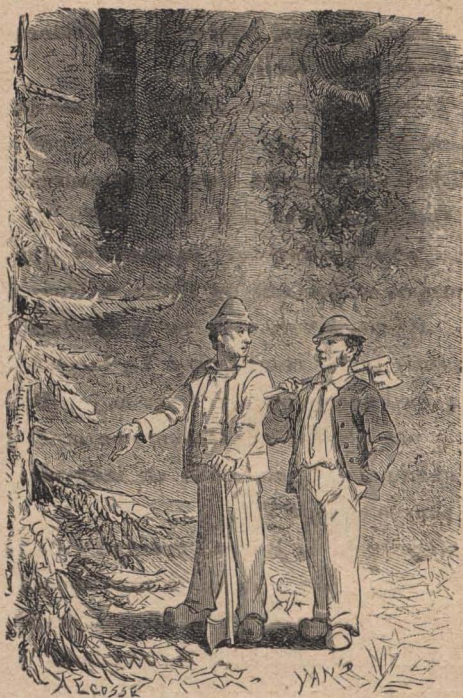
— No sabemos más, dijeron los gorriones. Pero, era un espectáculo maravilloso.

— ¿ Es ese el brillante destino que me aguarda? murmuró el abeto agitado. ¿ Por qué no? replicó irguiéndose con orgullo. Tanto vale como cruzar el mar. ¡ Qué perplejidad va á ser la mia! ¡ Por qué no llegamos pronto á Navidad! Ya estoy tan alto y lleno de ramas como los que se llevaron hace algunos meses. Quisiera verme ya en la habitacion templada, entre tantas cosas bellas. Y ¿ luego? No cabe duda que mi suerte será cada vez mejor. De lo contrario, ¿ por qué me adornarian con tanto gusto? Seguramente iré de maravilla en maravilla. Pero, ¡ qué penoso es esperar!

— Alégrate de tu lozana juventud y de tu existencia al aire libre, » decia el rayo de sol. Pero, permanecia pensativo y triste. Empero crecia á ojos vistas. Al acercarse Navidad los leñadores le vieron y lo cortaron. El hacha le truncó la savia y cayó al suelo dando un suspiro. Leberia haber estado loco de alegría, pero parece que hasta los abetos son inconsecuentes y no saben lo que quieren. Héte que se puso á sentir el lugar de su nacimiento. donde



habia crecido y prosperado, á quejarse de verse separado de sus compañeros los arbustos y de sus amigas las florecillas ; tal vez no las volveria á ver



y tampoco á sus pajarillos. La partida fué muy dolorosa.

No volvió en sí completamente hasta que, llegado á un gran patio, lo sacaron del carro con los otros

abetos. Oyó á un hombre que decia, señalándolo :

« Este es soberbio, me conviene. »

Dos lacayos galoneados lo cogieron y lo llevaron á un hermoso salon. Habia cuadros en las paredes. Sobre la estufa de porcelana, dos vasos magníficos. Los muebles eran muy lujosos: los sofás y los sillones de seda y terciopelo. En una mesa libros ricamente encuadernados. Cien escudos de juguetes esperaban allí al árbol de Navidad.

El abeto fué colocado en un gran tonel lleno de arena que disimulaban telas verdes. El arbolillo estaba conmovido como un artista la noche de su estreno. ¿ Qué iba á pasar? ¿ Qué papel iba á desempeñar? Todo el mundo se acercó solícito. Algunas jóvenes se pusieron á adornarlo. Colgaron de sus ramas cartuchos de dulces. Ataron manzanas y nueces doradas con tal arte que se habrian tomado por frutos naturales; centenares de bujías encarnadas, azules, blancas. Pusieron muñecas que parecian criaturitas de véras. Y encima, en la última rama colocaron una corona de oropel ¡ Ay! Dios, ¡ cómo brillaba!

« ¡ Qué será esta noche! decian las jóvenes admirando su obra.

— ¡ Cuánto deseo que llegue la noche! suspiraba tambien el abeto. ¡ Cuánto va á lucir mi oscuro follaje á la claridad de tanta bujía! Si me pudiesen ver mis hermanos del bosque, se moririan de envidia. ¿ Ven-

drán los gorriones al balcon para contemplarme? Luego, echaré aquí raíces para permanecer adornado así en verano y en invierno. »

Á fuerza de pensar en esto se sintió las puas doloridas, lo que en los abetos corresponde á nuestro dolor de cabeza. Al fin llegó la deseada noche. Se encendieron las bujías.

¡Qué fulgor! El arbolillo se estremeció de orgullo. El movimiento puso en directo contacto una de sus ramas con una bujía y se olió á quemado; pero las jóvenes acudieron y pusieron remedio al mal.

El arbolillo, asustado, no se atrevia á moverse temiendo incendiar sus adornos. Permanecia tieso con las magnificas cosas que sostenia.

Se abrieron las dos hojas de la puerta y una bandada de muchachos se precipitó hácia el árbol como para derribarlo. Á su vista se detuvieron mudos de admiracion. Pero un momento despues se pusieron á cantar y bailar al rededor del árbol, y á una señal convenida, comenzaron á quitar dulces, muñecos y juguetes.

« ¿ Qué quiere decir esto ? » pensó el abeto desagradablemente sorprendido. Las bujías ardian hasta el fin ; cuando iban á quemar las ramas, las apagaban. Cuando todas se habian apagado, los niños recibieron permiso para saquear el árbol de Navidad.

¡ Con qué premura se arrojaron sobre el pobre

arbolillo, tirando y arrancando las ramas! Si no hubiese estado bien enclavado en la arena, lo habrían derribado.

Los niños se dispersaron luego por grupos, enseñándose sus presas. Nadie reparaba ya en el ár-



bol, excepto la niñera que se acercó, examinó las ramas y cogió dos ó tres dulces y una manzana que se habian olvidado.

« ¡ Un cuento! dínos un cuento, exclamaron los niños llevando cerca del árbol á un obeso anciano que acababa de entrar.

— Bueno, pero sólo os contaré uno, dijo el anciano sentándose. ¿ Queréis el de Yvede-Avede ó el de Klumpé-Dumpé que rodó por las escaleras y al cabo vino, á pesar de todo, á casarse con la princesa ?

— ¡ Yvede-Avede ! gritaron unos. ¡ Klumpé-Dum-



pé! » gritaron los otros. Durante algun tiempo fué un ruido infernal. Todos hablaban á un tiempo. El abeto se decia con amargura : « ¿ No formo ya parte de la sociedad, cuando me dejan así abandonado? »

En fin, el anciano contó la historia de Klumpé-Dumpé que rodó por las escaleras, lo que no le im-

pidió casarse con la princesa. Los niños aplaudieron y gritaron de nuevo: ¡ « Otro cuento, otro ! » Pero el anciano no pasó adelante. El abeto le había escuchado con asombro. Los pájaros del bosque no le habían hablado nunca de semejantes cosas. « ¡ Ese es el curso del mundo ! se dijo. Klumpé-Dumpé era vergonzoso cuando rodó por las escaleras y esto no le impidió ser luego yerno del rey. No tengo pues por qué quejarme si ahora me desdeñan ; en breve llegaré á los honores. »

Creía verdadera la historia de Klumpé-Dumpé, con tan grave dignidad había hablado el anciano señor, precisando los menores detalles. Sacudió su melancolía pensando que al día siguiente lo volverían á adornar con dulces y bujías de colores. « Mañana, pensaba, no temblaré, saborearé con calma mi felicidad. Tal vez oiré la historia de Yvede-Avede. » Toda la noche permaneció sumido en sus ambiciosos sueños.

Al otro día, entraron lacayos y criadas. « ¡ Ah ! se dijo el abeto, vienen á adornarme de nuevo. » Pero, nada de eso. Héte que los criados cogen el tonel, lo suben al granero, lo dejan en un rincón oscuro y se van.

« ¿ Qué es esto... ? ¿ Por qué nuevas vicisitudes voy á pasar ? Ahora que empezaban á gustarme los cuentos, ¿ voy á quedar condenado á este silencio.

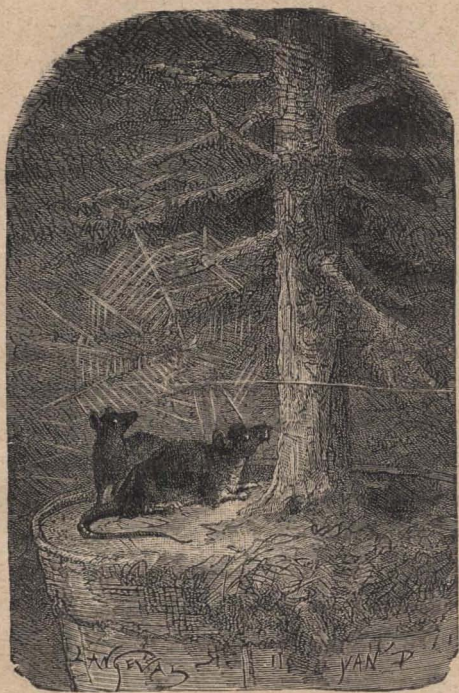
á esta soledad? » Así se quejaba el abeto, recordando los incidentes de su pasajera gloria. Pasaron dias y noches sin cambio en su posicion. Se abre al fin la puerta; es una criada que coloca una gran caja delante del pino, de modo que este queda más oculto y olvidado que ántes.

Para consolarse decia: « Estamos en invierno. La tierra está cubierta de nieve; cómo era posible volverme á plantar en la linde del bosque? Me han puesto á cubierto hasta la primavera. Es una prueba de solicitud. ¡ Si no hubiese aquí tanta oscuridad! ¡ Si hubiese alguna sociedad se podria tener paciencia. Allá, cuando el bosque estaba cubierto de nieve, no dejaba de haber distracciones; las liebres pasaban dando volteretas. Aun saltaban por encima de mí. Me gustaria hoy; tendria á lo ménos una compañía, pues me aburre esta soledad. »

» ¡ Pif, pif! silbó una ratiita que adelantaba á saltitos. Una hermana suya la seguia, olian el abeto y se pusieron á trepar por sus ramas.

« ¡ Qué frio tan horrible! dijeron; á no ser por esto no se estaría aquí muy mal, ¿ no es verdad, anciano abeto? — ¡ Cómo anciano! respondió este. Hay otros diez veces más viejos que yo y que no son aun lo que se llama ancianos. — Dispéñanos, replicaron las ratitas; no hay aquí mucha luz, ni para nosotras que vemos en la oscuridad, y te hemos to-

mado por un abeto que desde hace dos años veíamos aquí. ¡ Dos años ! Largo tiempo para nosotras. Pero, ¿ de dónde vienes tú ? Habla. ¿ Conoces los



mejores lugares de la tierra, por ejemplo, la famosa alacena siempre abierta donde no hay gato ni ratonera, donde hay cien enormes quesos, donde los salchichones son tan grandes que cuelgan del techo



hasta el suelo ? Este suelo se compone de lonjas de tocino unidas con candelas del mejor sebo. ¿ Has visto ese paraíso donde la más delgada engorda al cabo de ocho días ? Si lo sabes, dínos pronta el camino que allí conduce.

— Nunca he estado en ese sitio ; pero conozco muy bien el bosque donde fulgura el sol y cantan los pajarillos. » Y relató la historia de sus primeros años. Era cosa nueva para las ratitas ; le escuchaban con atención y le interrumpían más de una vez, para decir ; « ¡ Cuántas cosas has visto ! ¡ Qué feliz debías ser ! El alimento llegaba por sí solo á tus raíces mientras que nosotras debemos correr mil peligros para buscarnos el sustento. Y además tenías el cielo puro, el aire libre, el canto de los pájaros. ¡ Qué feliz debías ser !

— ¡ Feliz ! dijo reflexionando en su pasada suerte. Sí, sin duda alguna, aunque tal vez no apreciaba toda mi felicidad. Sí, á fe mía, era aquel el buen tiempo. Pero tuve un momento de mayor fortuna. »

Les describió con todos sus detalles la noche de Navidad en la que tan bien le adornaron y le iluminaron con centenares de bujías.

« ¿ Bujías ? dijeron las ratitas ; preferimos las candelas. Pero, debe reconocerse que nacistes bajo una estrella propicia, anciano abeto. — Os repito de nuevo que no soy anciano ; sólo este invierno me

arrancaron del bosque. A quí, fuera de la tierra, tal vez me seco un poco, lo que me da, sin duda, un aire viejo.

— ¡ Qué bien hablas! » dijeron las ratitas para calmar su mal humor. Á la noche siguiente llevaron otras cuatro ratitas para que oyesen la prodigiosa relacion del abeto. Este, despues de haber contado su vida por segunda vez exclamó: « En verdad tenía una suerte feliz. Pero, la fortuna puede volver: Klumpé-Dumpé estaba tambien muy avergonzado cuando rodó por las escaleras y, empero, acabó por casarse con la princesa.

— ¿ Quién es ese Klumpé-Dumpé? preguntaron las ratitas. El abeto les contó la historia palabra por palabra, como la habia contado el anciano. Las ratitas la encontraron muy linda y saltaban de alegría. A la noche siguiente volvieron en mayor número y el domingo llevaron ratas ya entradas en años. Pero, estas tomaron poco interes en la historia de Klumpé-Dumpé; las pequeñas estaban avergonzadas de haberse divertido tanto la víspera, pues tenían en mucho el juicio de las mayores.

¿ « No sabéis otro cuento? preguntaron las ratas a abeto. — No, dijo este, no he aprendido otro; lo oí la noche más brillante de mi existencia, pero no sabía entónces cuál era mi felicidad. — Es un cuento de viejas el que acabáis de contar. Conque, ¿ no sabéis ninguna historia en la que se vea gran

cantidad de tocino que el héroe puede devorar á su antojo? — No. — En ese caso, buenas noches, » dijeron las ratas, y se fueron.

Las ratitas volvieron al otro dia, pero en menor número; no encontraban ya mucha sal á las relaciones del abeto, desde que las ratas anteriores habian manifestado su desprecio. Acabaron por desaparecer.

« Era lindo, empero, se dijo el pobre árbol abandonado, corrian á mi alrededor y oian cuentos. Tambien esto se acabó. Pero, paciencia, debe acercarse el momento en que cambiaré de suerte. »

Fué así en efecto. Los criados arreglaron el granero. Uno sacó el árbol del tonel y lo bajó al patio. « En fin, dijo el abeto, comienza otra faz de mi vida. »

Era la primavera, lucia el sol. Sorprendido, el abeto miraba á todas partes, sin mirarse á sí mismo. Un jardin tocaba al patio; habia rosas que embalsamaban el aire. Las golondrinas revoloteaban. Este espectáculo dió ánimo al abeto. Mas ¡ay! héte que nota que sus ramas están secas y amarillentas. En un rincon, entre las ortigas, tenía aun en la última rama la estrella de oropel del dia de Navidad. Algunos de los niños que aquella noche habian ensalzado al árbol, jugaban en el patio. El más jóven acudió y arrancó la estrella. « Mirad, gritó á los otros, ¡qué feo es el árbol de Navidad! » Y se montó encima, quebrando las ramas del desgraciado abeto.

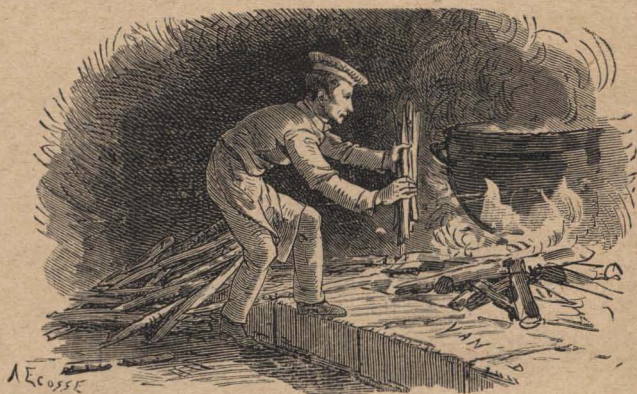
Este miraba las frescas flores, se miraba, y habria deseado que le hubiesen dejado en el oscuro rincon del granero ; recordaba su juventud. «Todo se acabó!



decia. ¿Por qué no he disfrutado de la dicha mientras la tenía. »

Un pinche de cocina cogió el árbol y lo cortó en pedacitos. Habia un haz. Lo echaron al fuego debajo

del gran puchero. Á medida que las llamas le lamian lanzaba un suspiro angustioso, como una detonacion ligera. Los niños dejaron sus juegos y fueron á escuchar las detonaciones del árbol de Navidad que les divirtieron mucho. El abeto volvió á verlo todo; los meses de verano y los de invierno en la linde del bosque, la noche de Navidad, Klumpé-Dumpé, la única historia que habia sabido en su vida y que tan



hermosa le habia parecido á causa de esto. Luego, un último *pif, paf*, y no quedó nada más del arbolillo. Los niños habian regresado al jardin. El más jóven llevaba colgada de un ojal la estrella que habia arrancado al infelice abeto.

Sí, habia acabado su vida. Y tambien se ha acabado nuestra historia, como todo en este mundo acaba por acabar.



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

## INDICE

---

	Página.
LA HIJA DEL REY DEL LIMO.....	7
UNA DESAZON.....	64
EL ABETO.....	69

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

*Inw. 22590*

